

EL MELONAR

Curro apuró el cigarrillo hasta la boquilla y siguió narrando a su amigo Marcelo el suceso que alteró la calma de aquel día de verano.

–Se lo dije a mi mujer: Lo veía venir, esta gente está loca. No se puede ir a esa velocidad por esta carretera que más parece un camino de cabras.

¡A tomar por saco! Que uno no puede estar tranquilo ni en su propia casa. Con lo hermoso que tenía el huerto y lo bueno que estaban ya los melones, y el tío bruto ha *embestío* como un toro arrasándolo *to*.

Era cierto que por aquellos parajes no había mucho trasiego, algún coche de vez en cuando, algún burro cargado de leña y el tío Marcelo que pasaba cada tarde a regar su huerto, y a la vuelta se paraba para charlar un rato con Curro mientras saboreaban un vaso de vino. Nada importante, a veces no se decían ni palabra, y sólo contemplaban cómo caía la tarde sentados en el poyete de piedra a la puerta de la casa. Eludían los temas escabrosos relacionados con la política, por imposición de Macarena, la mujer de Curro. Pero, sobre todo, de lo que siempre hablaban era de toros, ya que los dos amaban la fiesta y se consideraban expertos aficionados. Curro sentía devoción por Juan Belmonte, Marcelo se desvivía por Joselito, y esto les llevaba a fricciones y riñas interminables que no llegaban a ninguna conclusión, aunque esos debates nunca afectaban su amistad.

Curro, en sus años mozos, había intentado probar suerte como novillero, e incluso formó parte de una cuadrilla como subalterno, pero la guerra frustró sus expectativas y no tuvo más remedio que incorporarse al trabajo de las minas.

Aquel encontronazo con el destino le proporcionó un gran vacío que superó bregando por otros derroteros, y con el consuelo de Macarena, la mujer que eligió para formar una familia, aunque sin olvidar nunca su etapa taurina, que él evocaba con apasionada nostalgia.

A Curro se le saltaban las lágrimas cada vez que recordaba aquel agosto del 42 en la feria de Málaga, cuando pudo disfrutar de una tarde memorable en el coso de la Malagueta, viendo torear a los mejores diestros de la época: Marcial Lalanda, Domingo Ortega y el sobre todo al gran Belmonte. Entonces Curro se ponía de pie e imitaba los muletazos de su ídolo: los pies quietos, muy firmes en la arena, bajando las manos como si guiara al toro embebido en su capote. Al final del lance, Marcelo le lanzaba un Olé como si hubiese visto al mismísimo Belmonte.

Algunas tardes, por variar, se entretenían recordando cuando de jóvenes trabajaban en las minas. Habían conducido las locomotoras que transportaban el hierro desde los depósitos de Ojén hasta la zona de La Marina, que luego, desde el puerto, se cargaba en los buques mercantes. Pero al final siempre volvían a hablar de toros, de toreros y de faenas inolvidables.



Estos ratillos aliviaban la dureza de los malos tiempos, ya que los dos tuvieron que apretarse los machos y trabajar duro para superar las cornadas que da la vida.

Curro también amaba el mar y el olor del salitre que se pegaba a su piel curtida. Por eso, cuando terminó la minería, se compró una pequeña parcela a las afueras de Marbella, cerca de la playa, con el poco dinero que su mujer y él habían ahorrado. En ese pequeño rincón disfrutaban del merecido sosiego. Entre los dos plantaron unas viñas y un hermoso huerto que abastecía a toda la familia, aunque los hijos hacía tiempo que habían volado del nido. Muchos días Curro acarreaba los aparejos en su pequeña barca, y cuando el viento no arreciaba y la mar estaba tranquila se encomendaba a la Virgen del Carmen y salía a pescar para aliviar la despensa. Era un hombre de recursos, de los que cogen al toro por los cuernos, como él mismo decía, pues le gustaba hablar empleando símiles taurinos.

Marbella era por entonces un lugar tranquilo con casas encaladas y adornadas con flores, que se asentaban en calles estrechas, por donde parecía que en cualquier momento pudiesen aparecer las huestes árabes de vuelta al antiguo castillo que corona la ciudad. Los días de mercado, Curro y su mujer cargaban las alforjas y se acercaban a la plaza para ofrecer a sus vecinos los excedentes de su huerto. También bajaban los domingos a escuchar misa en la Iglesia de Santa M^a de la Encarnación y a poner una vela a San Bernabé, el patrón de la ciudad, del que Macarena era una gran devota.

Con esta rutina, vivían atados a los recuerdos. Por eso, aquella tarde calurosa de verano, cuando sólo se oía el sonido de las chicharas, Curro se llevó un susto de muerte al ver aparecer de repente un coche negro de gran lujo.

–Yo estaba sentado bajo la parra cuando un coche se salió de la curva, voló un rato por los aires, hoció en la tierra y quedó emplazado en los medios del huerto. “Del toro manso me libre Dios que del bravo me libro yo”, pensé mientras cogía mi escopeta de perdigones y me iba derecho hacia aquel bicho metálico.

Del coche bajaron, como agarrochaos, dos hombres que, a pesar del trance, lucían elegantes y con buen trapío.

–Buenas tardes –saludó el más joven –Venimos de Málaga, llevamos dos horas de camino y creo que el coche se ha averiado.

–Yo recelé, pues últimamente viene mucha gente forastera. Estos eran de la capital por lo menos.

–A las buenas tardes nos de Dios. El coche, no sé como está, pero los melones de mi huerto, mire usted, destrozaos –les dije yo con temple, pero con cara de pocos amigos,

–Siento mucho las molestias, no se preocupe que eso tiene solución. Lo que necesitamos ahora es que nos ayude a sacar el coche para poder continuar el camino. Mire, permítame que me presente, soy el príncipe Alfonso de Hohenlohe y este es mi padre Maximiliano. Es alemán y no habla bien el español.

–Y sacó del bolsillo un fajo de billetes. Yo me quedé “pasmao”.



– ¿Y qué hiciste entonces, compadre?

– Mucha guasa –Les dije –Pero mire, señor “ole ole”, yo soy Francisco Ruiz, “Currito” para los amigos, y el rey, que es más que príncipe, de este melonar que usted acaba de destrozar. Sólo quiero lo que es mío... Y total, que hablando se entiende la gente.

Curro y Marcelo llenaron de nuevo sus vasos de vino. Era agradable estar allí charlando, contemplando los últimos rayos de sol iluminando la casa, mientras Macarena asaba unas sardinas en el calor de unas brasas.

–Yo no sé lo qué les hizo tanta gracia, no paraban de reírse y de alabar mi ocurrencia.

El caso es que yo también entré al trapo y pasamos un buen rato. Más de una hora estuvieron por aquí, hasta que “Campanilla”, mi mula, sacó el coche del atolladero.

–¿Y qué hacen unos alemanes por estas tierras?

–Pues eso les pregunté. Al parecer, tienen negocios importantes y quieren comprar alguna finca para hacerse una casa. ¡Qué te parece, compadre! Como diría el maestro Rafael el Gallo: “Hay gente pa to”.

Y cambiaron de conversación para volver a hablar de toros, sin presagiar que aquellos hombres que venían de lejos, cautivados por el paisaje y por la brisa del Mediterráneo, traían vientos nuevos.

Curro y Marcelo, aferrados a su mundo, ya no podían retener el tiempo, que se escapaba de sus manos como la arena de la playa. La suerte estaba echada. La misma luna seguiría reflejándose sobre las aguas serenas del mar, pero una realidad diferente había trastocado los acontecimientos para cambiar el rumbo de la vida y la estampa rústica de aquel paraíso salvaje.

Dolores Aceituno Muñoz

Navalmoral de la Mata (Cáceres)

Finalista del III concurso de relatos Marbella Activa.

